

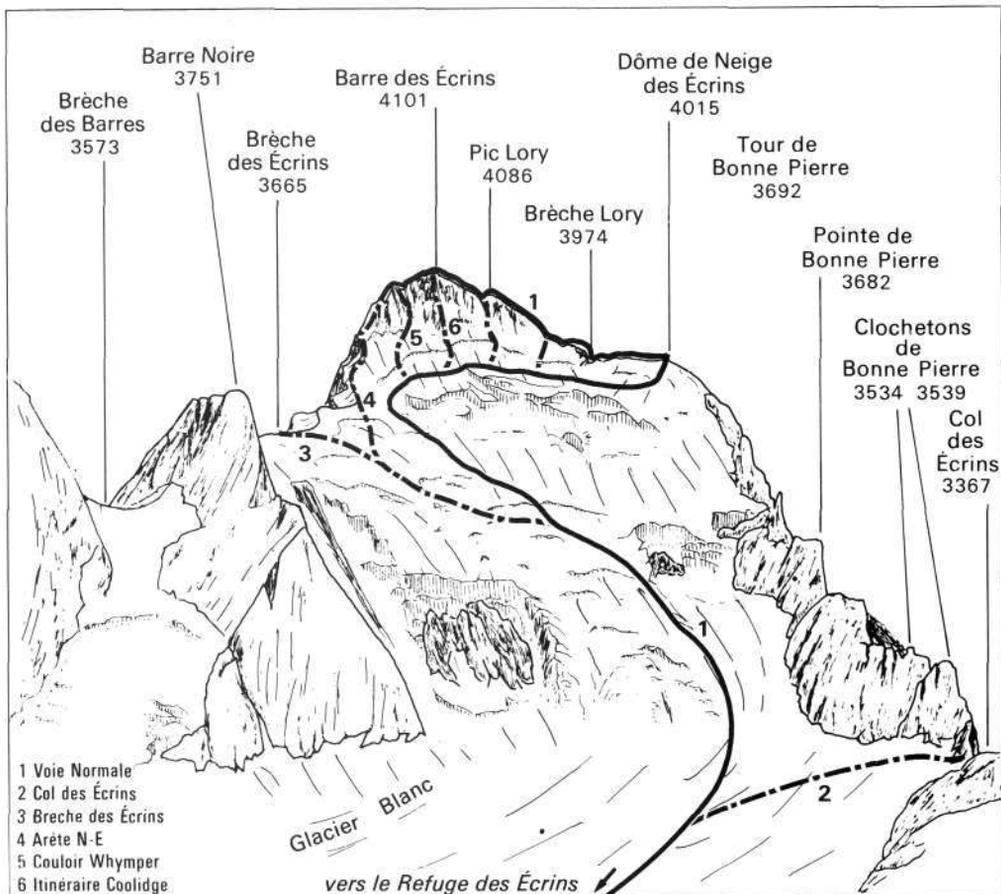
se encuentra rodeado de grandes bloques de hielo y al mirar a lo alto para indagar su procedencia descubre un formidable y amenazador glaciar que cuelga de la muralla rocosa. Efectuada esta travesía en nieve, se asciende por un corredor pedregoso y después entre rocas; si no se ha hecho ya, es conveniente aprovisionarse de agua, pues a partir de aquí toda la ascensión es en nieve.

Pasadas las rocas, mucha gente empezó a encordarse; en realidad no era necesario, pero la fuerte ventisca que acababa de estallar y los jirones de espesa niebla que descendían de las cumbres no infundían mucha confianza. Nosotros nos limitamos a ponernos los crampones. Se avanzaba muy despacio; la ventisca obligaba a efectuar numerosas paradas. Cuando amainaba el viento aparecían entre la niebla pequeños claros que permitían observar por breves instantes el circo de cumbres que nos rodeaban. La niebla se fue elevando y dejó al descubierto un amplio corredor que se estrechaba conforme ascendía y que conducía a una cumbre más elevada que las otras: aquel era nuestro camino.

Nos encordamos al pie de este formidable corredor en forma de embudo que por efectos de la perspectiva daba la impresión de prolongarse hasta el infinito. En lo que se refiere a las condiciones del terreno, topamos al principio con algunas grietas fáciles de bordear; más adelante aparecían con frecuencia placas de hielo que tampoco ofrecían mayor dificultad por ser claramente visibles y sencillas de esquivar. La relativa dificultad estaba determinada exclusivamente por la dureza de la pendiente, cada vez más pronunciada. Se empieza a subir haciendo amplianes, que se convierten en apretado zig-zag conforme se estrecha el corredor; ya en los últimos cien metros, de pendiente no inferior a los 50°, no queda más remedio que tirar todo derecho, poco menos que trepando por la nieve. En fin, que el corredor resultó duro, aunque no mayormente peligroso. Así y todo, varias cordadas se retiraron posiblemente a causa de que las condiciones atmosféricas hacían bastante desagradable la ascensión: desde lo alto del corredor, el viento lanzaba sobre nosotros unas «refrescantes duchas» de nieve pulverizada, que a medida que nos acercábamos a la salida se fueron transformando en chorretadas de cristaltitos de hielo que nos acribillaban.

Ya en lo alto mejoró la situación. El cielo estaba descubierto, aunque el viento era frío y soplabá con fuerza. Esperábamos encontrar allí mismo la cumbre, pero nos vimos al pie de una amplia loma rodeada de vaque ~~sobre nosotros teníamos grandes bloques de hielo que de vez en cuando tienen la ocurrencia de ponerse a rodar.~~

~~Al llegar de nuevo al refugio, cuya situación ofrece una vista in-~~rias cumbres más elevadas, que son las diversas cimas del Pelvoux. No fue difícil localizar la más alta, ni tampoco alcanzarla. Hasta la cota máxima (3.946 m.), habíamos empleado desde el refugio cuatro horas y media.



Frecuentemente el descenso se realiza directamente desde la cumbre hasta Ailefroide por un itinerario distinto al del refugio. Nosotros nos enteramos ya en la cumbre de la posibilidad de hacer esta variante, pero como habíamos dejado una mochila en el refugio, no quedó más remedio que desandar el mismo camino. Tranquilamente nos presentamos en el refugio en dos horas y media, y con más tranquilidad aún llegamos a Ailefroide en otras dos horas.

Dôme de Les Ecrins (4.015 mts.). 24/25 Agosto 1974.

El itinerario de aproximación es el mismo que en el caso del Pelvoux con la particularidad de que en lugar de comenzar la ascensión desde Ailefroide, se continúan 6 Kms. más por una carretera muy estrecha y bastante peligrosa que termina en un lugar llamado Pré de Madame Carle, situado a 1.874 mts.

El camino se localiza fácilmente; para empezar es preciso remontar la muralla de un amplio circo, lo que supone un buen rato de aburrido zig-zagueo que se puede amenizar recogiendo frambuesas, muy abundantes por aquellos parajes. En seguida hay que dejar a la izquierda el sendero del glaciar Negro que conduce al Col de la Temple y da acceso a la otra vertiente del macizo.

En términos generales podría decirse que la ascensión consiste en ir superando una serie de terrazas escalonadas. El primer paso sería remon-

tar el circo hasta el Glaciar Blanco, lo que supone aproximadamente una hora de marcha; después se pasa por debajo de su lengua terminal y se asciende una nueva muralla que es la que mantiene encajonado al glaciar. Arriba hay un pequeño llano que permite recuperarse y que ofrece una buena vista sobre el Pelvoux. El refugio del Glaciar Blanco (2.550 mts.) ya está cerca, pero no es necesario llegar hasta él, basta con bordearlo. Aquí aparece de nuevo un fuerte repecho, pero en cuanto se alcanza el curso del glaciar la pendiente decrece rápidamente. En lo sucesivo se va remontando suavemente el glaciar por su margen izquierda, con el inconveniente de tener que andar sorteando bloques de piedra; cada vez con mayor frecuencia hay que meterse en el glaciar: al principio para evitar zonas abruptas y después porque resulta el camino más cómodo.

Ya tenemos a la vista el macizo de Les Ecrins, de donde parte el glaciar que venimos remontando, y por fin aparece también el refugio Caron. Está situado sobre un promontorio rocoso a unos 50 mts. por encima del nivel del glaciar y para alcanzarlo hay dos opciones: avanzar por el glaciar hasta situarse a su altura, ascendiendo después en zig-zag, o bien abandonar el glaciar unos 500 metros antes e ir subiéndolo en diagonal por entre las rocas. Este refugio tiene las mismas características que el de Pelvoux; tampoco es necesario llevar saco. Desde Pré de Madame Carle (1.874 mts.) hasta aquí (3.170 mts.) habíamos tardado algo menos de cuatro horas.

En la madrugada del día siguiente, al abandonar el refugio, el cielo estaba completamente despejado y aún brillaban las estrellas; la temperatura era también muy favorable: un grado bajo cero. A la luz de las linternas descendimos dando traspiés por la pedrera que baja hasta el borde del glaciar, y como la ascensión iba a ser totalmente en nieve, aunque en este lugar el glaciar es completamente llano, nos pusimos ya los crampones para andar con más soltura. Tardamos algo más de media hora en recorrer el resto del glaciar y alcanzar el fondo del Circo. El paraje resulta pintoresco: el glaciar, casi llano y apenas sin grietas, discurre encajonado entre dos formidables cresterías de abruptos paredones graníticos, teniendo por fondo la soberbia mole, siempre blanca, del macizo de Les Ecrins. Mientras nos encordábamos desapareció la luna y lo alto de la imponente muralla a cuyos pies estábamos, se iluminó con los primeros rayos del sol.

La ascensión se inicia por la derecha del macizo, tomando una fuerte pendiente situada exactamente entre dos corredores con huellas de frecuentes avalanchas. Después se superan unos pequeños seracs con alguna que otra grieta y se efectúa una larga travesía hacia el lado opuesto del macizo, en tanto que se va ascendiendo muy suavemente.

La mayor satisfacción de toda la ascensión nos la proporcionó precisamente esta travesía: íbamos caminando por el lomo de una muralla de



La Barre de los Ecrins.

seracs cuando sentimos la caricia del sol que acababa de elevarse sobre las cumbres más próximas; hicimos un alto, dirigimos la vista en aquella dirección y pudimos contemplar a lo lejos una silueta inconfundible que emergía muy por encima de las cimas que la circundaban; se trataba evidentemente del Mont Blanc.

Una vez finalizada esta travesía se emprende un breve zigzaguo a causa de una nueva barrera de seracs e inmediatamente hay que enfrentarse a la más dura de las pendientes, que se eleva justamente hasta el pie de la Barre. Siguiendo la base de esta cumbre, se realiza una nueva travesía en dirección opuesta a la anterior, para alcanzar la horcada que separa las dos máximas cotas del macizo: La Barre (4.102 mts.) y el Dôme de Neige (4.015 mts.). Llegados aquí, hay que elegir entre una de las

dos cumbres; nosotros, como la mayoría de las cordadas, optamos por la más fácil: el Dôme. El camino restante consiste en superar una fuerte aunque corta pendiente en hielo hasta alcanzar la arista que conduce directamente y sin dificultad a la cima. La Barre tiene para empezar un tramo bastante delicado: una pared de unos veinte metros, donde se combinan roca y hielo, por lo que es conveniente utilizar crampones de 12 puntas y disponer de algunas clavijas para ambas modalidades de escalada; el resto es una trepada por una arista muy aguda, normalmente desprovista de nieve.

Una vez en la cumbre, la temperatura era tan agradable —unos 10°— que nos permitió pegarnos una buena sentada contemplando los alrededores. Al frente, en dirección norte, teníamos en primer término el Roche Faurio (3.730 mts.), más allá aparecía la majestuosa Meije (3.983) y al fondo, como ya hemos dicho, el Mont Blanc en su vertiente italiana. A nuestros pies descendían escalonadas las barreras de seracs que setecientos metros más abajo daban origen al imponente Glaciar Blanco. Hacia el sur, a nuestra espalda, los impresionantes paredones helados del pico Coolidge (3.774) y las abruptas cumbres de Ailefroide nos impedían admirar el Pelvoux.

En la ascensión habíamos tardado tres horas desde el refugio. Al bajar empleamos dos. En los lugares en que era posible, bajábamos corriendo, pues el sol pegaba fuerte y no era muy tranquilizador el saber que sobre nosotros teníamos grandes bloques de hielo que de vez en cuando tienen la ocurrencia de ponerse a rodar.

Al llegar de nuevo al refugio, cuya situación ofrece una vista incomparable sobre Les Ecrins, pasamos largo rato contemplándolos, mientras echábamos un vistazo al registro de ascensiones. Algunos días antes tres catalanes estuvieron también en el Dôme y cinco galleguiños parece ser que hicieron la Barre, lo cual, siendo ya de por sí bastante meritorio, se convierte en una hazaña si se tienen en cuenta sus edades: 15, 16, 17, 19 y 29 años.

La bajada hasta Pré de Madame Carle la efectuamos en dos horas y media más.

Para finalizar queremos hacer un par de puntualizaciones. Cuando nosotros efectuamos esta ascensión, las condiciones atmosféricas eran poco menos que perfectas. Ahora bien, simplemente con un poco de viento o cielo cubierto, suponemos que resultaría bastante más duro y complicado. También hay que tener en cuenta que el itinerario varía cada temporada según las condiciones de la nieve y por lo tanto el itinerario descrito puede no ser válido para otra ocasión.

LA ARISTA N. O. DEL BALAITUS

¡Hacia mucho tiempo que no volvía al Balaitus!

Eran aquellos tiempos en los que nos podíamos permitir el lujo de ir a la alta montaña durante una semana, sin encontrarnos prácticamente con casi ningún otro montañero y si así ocurría, teníamos la seguridad de que iba a ser un auténtico enamorado de la montaña.

Entonces realizamos la ascensión por la Gran Diagonal, desde el refugio francés de Arremoulit, ascensión preciosa, así como el enclave del refugio, que actualmente todavía conserva, una calma, una paz, como la mayoría de los valles pirenaicos franceses, que le dan a uno la sensación de estar descubriendo nuevos mundos en estos tiempos en los que parece que todo está ya descubierto...

Es curioso esto que me ocurre en el Pirineo francés y el gran contraste que observo con respecto a la zona española.

Los franceses siempre han acudido en gran número a la alta montaña mucho más que nosotros y desde épocas más anteriores, pero incluso en sus refugios más abarrotados, he encontrado, con sus excepciones, naturalmente, un ambiente auténtico de montaña, de respeto; un acudir a un refugio, a la montaña, a hacer montaña, no a dormir ni a correrse una juerga que se puede repetir en cualquier otro ambiente.

Indudablemente es el pago que al progreso, a la facilidad de las comunicaciones, hemos de hacer.

Pero esto es otro tema y vayamos a lo nuestro que es la arista N.O. del Balaitus.

Aprovechando el «puente» de Santiago, ocho amigos nos dirigimos al valle de Azun, que comienza en el pueblo de Arrens, al que se llega desde Argeles-Gazost por la carretera del col de Aubisque.

Desde Arrens una carretera estrecha de trabajos hidroeléctricos nos lleva hasta el Plan d'Aste, lugar muy bonito, preparado por el Parque de

los Pirineos, en plan de pic-nic a la orilla del torrente, en donde dejamos los coches.

El día de hoy lo vamos a dedicar a llegar hasta el refugio de Arribit o de Larribet y a conocer sus alrededores, por lo tanto sin prisa tenemos todo el día por delante; vamos ascendiendo por este valle precioso, con abundancia de agua y vegetación, limpio y brillante en esta mañana de verano.

Mientras las nieblas se levantan y el valle y nosotros nos sacudimos la pereza, Julián, ausente durante muchos años de la alta montaña, nos va contando con su gracia habitual cuando vinieron por vez primera al Balaitus con su hermano Segundo (q.e.p.d.), Gerardo, y en el descenso en la Brecha de Latur, el bueno de Enrique preparaba el rappel de una manera un tanto insólita. Ataba la punta de la cuerda a su cintura y la otra a la clavija de seguro, dispuesto a tirarse al vacío, mientras Gerardo, menos habituado a esa «nueva» técnica de descenso pretendía convencerle que allí había algo raro y que esperase a alguien más entendido para efectuar el «salto». Eran los tiempos gloriosos...

Entre risas y bromas se nos pasan las dos horas y media de camino y llegamos al refugio de Larribet, propiedad del C.A.F. y situado en un punto muy interesante para diversas ascensiones al Balaitus, Pallas, etc.

Pedimos las plazas para pernoctar a la encargada del refugio, con más pinta de «Pippi» que de guarda y tras comer un poco nos vamos a reconocer el terreno para adelantar el camino de mañana y al mismo tiempo evitar que Chincho y Gabriel se nos queden dormidos.

Sin prisas ascendemos hasta el collado de Gerenere, en donde arranca la cresta del mismo nombre.



La arista desde la base. (Foto Fagoaga).

A nuestra derecha el Pallas, con la cresta de los Geodisiens, y en el fondo el lago de Bactrabere, cuyas aguas brillan en este comienzo de atardecer, como haciéndonos guiños maliciosos.

Llegamos al circo de Laraille y desde aquí nos situamos. A nuestra izquierda la cresta de Garenera y el Boulevard Packe, separados por la Brecha Saget. Al frente la arista N.O. del Balaitus.

Es más impresionante de lo que pensábamos. La cresta se confunde y se aplasta, no advirtiéndose nada bien su contorno, al mirarla de frente. De todas maneras el desnivel es fuerte y pensamos que las tres horas y media que marca la guía Ollivier nos van a quedar un poco cortas.

La tarde se acaba, volvemos al refugio y tras cenar y comprobar que la noche queda bella, nos acostamos temprano, mientras allí arriba todavía lanza sus destellos rojizos la cumbre de Balaitus.

«Los Diablos». (Foto Fagoaga)



¡Qué satisfacciones y sentimientos renovados nos rodean cuando gozamos de un bello amanecer en alta montaña y con un objetivo al alcance de la mano! Allí a lo lejos el Balaitus nos espera y vamos a por él.

Para las nueve y media estamos al pie de la pared y en el inicio de la vía.

M.^a Carmen, Julián, Chincho e Iñaki van a hacer la ascensión por el Boulevard Packe y los vemos alejarse por el glaciar de Larraille a punta de crampón, mientras nos desean suerte.

Nos anteceden cuatro catalanes, tres chicos y una chica, y una cordada francesa de tres que ya van bastante adelantados.

Yo me encordo con Pachi y Gabriel con Carlos. Los primeros largos los hacemos en «ensamble» y sirven para calentarnos.